

FAVIOLA LAZO Y RUBÉN SILVA

El miedo más miedo de todos

ILUSTRACIONES DE CHRISTIAN AYUNI



USAID
FROM THE AMERICAN PEOPLE



Save the Children



sm

El miedo más miedo de todos
Primera edición: diciembre de 2020

Equipo de Ediciones SM S.A. C.
Dirección editorial: Carlos O. Aburto Cotrina
Coordinación editorial: Rubén Silva
Corrección de estilo: David Abanto
Jefa de arte: Laura Escobedo
Diseño, diagramación e ilustraciones: Christian Ayuni
Redacción del texto: Faviola Lazo y Rubén Silva

Equipo de Save the Children: Yessenia Medina Nole y Gabriela Ramos Olivares
Letra de la canción «Cuando tengo miedo»: Fernanda Toro y Javier Lazo
Música: Javier Lazo
Arreglado y producido por Javier Lazo.
Mezcla y mastering: Giovanni Lama
Grabado en Toro con Lazo Estudios
Av. Santa Cruz 1240, Miraflores, Lima.
Puedes oír la canción siguiendo este enlace: <https://soundcloud.com/scperu/cuando-tengo-miedo>
o escaneando este QR



© de esta edición: Save the Children International
Calle Virrey Abascal 135
San Isidro, Lima - Perú
www.savethechildren.org.pe

No se puede transformar, recortar o generar obras derivadas de la obra sin el permiso de los autores o el propietario de la misma. Sin embargo, se puede copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra, siempre que su uso no implique un uso comercial, reconociendo los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el propietario.

El miedo más miedo de todos

FAVIOLA LAZO Y RUBÉN SILVA
ILUSTRACIONES DE CHRISTIAN AYUNI



USAID
FROM THE AMERICAN PEOPLE

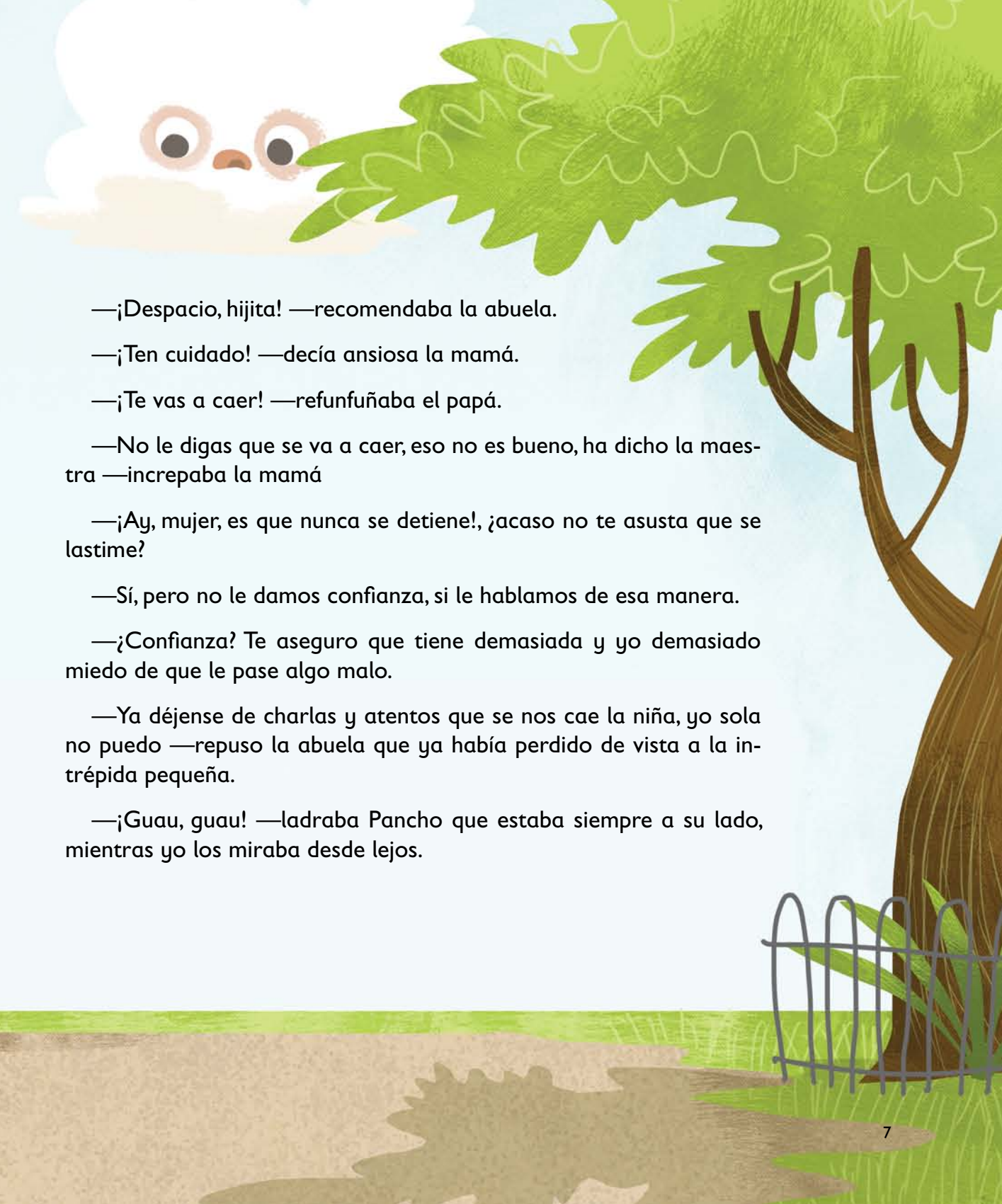


Save the Children

¿Alguna vez conociste a alguien que no le temiera a nada? Ni a los monstruos ni a la oscuridad ni a los fantasmas ni a los ratones ni a los aviones. Bueno, yo les tenía miedo a los aviones, sobre todo cuando pasaban muy cerca. Por eso, cuando la conocí, me quedé muy sorprendida.

Todo empezó cuando una tarde miré hacia abajo y me encontré con un parque repleto de toboganes, resbaladeras, columpios, muchas risas y niños que jugaban felices mientras sus padres conversaban y disfrutaban del viento. Sin embargo, una niña llamó mi atención.





—¡Despacio, hijita! —recomendaba la abuela.

—¡Ten cuidado! —decía ansiosa la mamá.

—¡Te vas a caer! —refunfuñaba el papá.

—No le digas que se va a caer, eso no es bueno, ha dicho la maestra —increpaba la mamá

—¡Ay, mujer, es que nunca se detiene!, ¿acaso no te asusta que se lastime?

—Sí, pero no le damos confianza, si le hablamos de esa manera.

—¿Confianza? Te aseguro que tiene demasiada y yo demasiado miedo de que le pase algo malo.

—Ya déjense de charlas y atentos que se nos cae la niña, yo sola no puedo —repuso la abuela que ya había perdido de vista a la intrépida pequeña.

—¡Guau, guau! —ladraba Pancho que estaba siempre a su lado, mientras yo los miraba desde lejos.

Ella era Camila, la niña que no le tenía miedo a nada. Trepaba los árboles cuando visitaba el campo, se subía por la parte de atrás a los toboganes del parque y en el columpio se paraba y volaba muy alto.

—¡Yuju! Más fuerte, papá; ¿puedes empujar más fuerte?, por favor, que se me escape esa nube —gritaba Camila mientras se mecía parada en el columpio y se soltaba peligrosamente una mano tratando de alcanzar algo.

—¡Claro que se escapa, debe estar asustada igual que yo! Agárrate con las dos manos —decía el papá entre dientes.

—¿Qué dices, Tati?

—Que el columpio no llegará tan alto y que ya debemos irnos a casa.

—Solo un rato más, por fa, Tati —gritaba, Camila, sonriendo y cerrando los ojos al contacto con el viento, con la confianza de que su Tati estaría esperándola con los brazos abiertos, siempre atento para atraparla y evitarle el dolor si sufría una caída.





En los festivales deportivos, Camila aprovechaba los descuidos de sus padres y trepaba y se balanceaba como un monito en el travesaño del arco de fútbol. Los amigos de sus padres y los demás niños solo observaban entre asustados y divertidos aquel espectáculo.

¡A ella nada la asustaba!

Eran papá, mamá y la abuela quienes se morían de miedo al verla brincando, trepando y volando por los aires. Lo único que les quedaba era mantenerse muy atentos y con los brazos abiertos para atraparla cual pelota, si por casualidad ella resbalaba.

Pero un día el mundo cambió y no la vi más en el parque. Ya nadie estaba en las calles ni en el campo ni en los estadios. Ya ni siquiera pasaban aviones que me asustaran.

—Mamá, ¿qué es eso de «cuarentena»? ¿Por qué guardaste mi mochila? ¿Por qué no podemos salir de casa? —preguntó Camila.

—Cariño, lo ha dicho nuestro presidente, estamos en pandemia y no podemos salir de casa durante dos semanas —trató de explicarle entre apurada y atropellada.

A Camila solo le quedó resonando en la cabeza «dos semanas» y dijo:

—¿Dos semanas? ¡Eso es demasiado!

Había llegado un virus muy contagioso y la única forma de protegerse era quedándose en casa. Así que Camila empezó a trepar, a saltar y a brincar en los muebles, en la cama y por donde le indicaran su imaginación y los ladridos de Pancho.

Papá y mamá tampoco salían y Camila los veía cada vez más preocupados y los escuchaba que conversaban bajito. Tan preocupados andaban que ya ni siquiera la regañaban porque saltara, trepara o corriera dentro de la pequeña casa.





Camila también se preocupó, aunque aún no sabía bien por qué...; poco a poco ella trepaba y brincaba menos dentro de casa.

—Mamá, siento algo en la barriga —dijo Camila un día luego de ver unas noticias en la televisión.

—¿Te duele? —preguntó.

—No sé —respondió Camila.

—Te prepararé una manzanilla —dijo la mamá sin darle mucha importancia. Otras veces, habría llamado rápido al médico. Eso era más extraño, incluso para Camila.



Cierto día, ocurrió algo todavía más raro.

—¿Alguien sabe dónde está la abuela? —preguntó mamá muy angustiada—. Creí que estaba en su cuarto, descansando, pero no está.

Mamá y papá estaban muy preocupados haciendo llamadas. Mamá estaba tan desesperada que su voz sonaba cada vez más extraña. Mientras Camila, que ahora saltaba y trepaba aún menos, miraba de lejos con los ojos muy abiertos y con una molesta sensación en la barriga.

—¡La encontré! —gritó papá—; está con la comadre, dice que solo fue a tomar el té con ella.

Cuando la abuela volvió la esperaban todos en la puerta muy preocupados hasta Pancho.

—Tranquilos que no pasa nada, es mi comadre a la que más quiero. Jamás nos vamos a contagiar —decía la abuela con toda calma—. Ya, no me miren así, que me puse mi mascarilla. No nos hemos acercado más que para abrazarnos y solo un momento.





Papá y mamá se miraron y todo se quedó en silencio y la extraña sensación de Camila que miraba de lejos se convirtió en un ligero dolor de barriga

Unos días después, la abuela salió de su cuarto para contestar el teléfono. Al terminar, estaba pálida y parecía que la voz se le había apagado como si quisiera decir algo con los ojos que se salían de sus orbitas.

—¿Pasó algo, abuela?

La abuela respiró profundamente y dijo:

—Me acaba de llamar Juancito, el hijo de mi comadre —hizo una pausa y suspiró—. Ella tiene los síntomas que causa el virus y dice que su prueba salió positiva —el miedo que tenía en la mirada salió como lágrimas cuando terminó de hablar. Pero nadie se acercó a consolarla, nadie... Cuando Camila quiso hacerlo, su mamá la detuvo sujetándola firmemente de los hombros.

IV

Todo fue tan rápido, las decisiones se tomaron sin chistar. La abuela fue confinada y aislada de los demás en el cuarto donde el papá tenía su máquina de coser, pues trabajaba cosiendo por encargo pantalones y vestidos jeans. Sacaron la máquina de coser a la sala y en su lugar pusieron la cama de la abuela, hasta Pancho ayudó. El cuarto era pequeño, pero era también el más ventilado y estaba lejos de las demás habitaciones.

Camila miraba todo con los ojos abiertos y muda al igual que Pancho. Ahora sí, con la máquina de coser en la sala, ya no había espacio por donde correr, trepar o saltar, porque la máquina de coser era «intocable», le advirtieron en coro sus padres.

Toc, toc, toc.

—¡Abue, tu almuerzo! —gritaba Camila, mientras dejaba una bandeja en el piso y se alejaba como le había advertido su mamá. Se escondió detrás de la pared al final del pasadizo, abrazando a Pancho, pues la curiosidad por ver qué hacía su abuela era mayor que el obedecer a su mamá quien le dijo que no se acercase a ella.

La mano de su abuela salía, arrastraba la bandeja y cerraba la puerta. Después de un tiempo, la puerta se abría nuevamente. La mano empujaba la bandeja con los platos vacíos y la abuela llamaba al papá que inmediatamente se los llevaba a lavar.





Todo eso era muy triste, los padres estaban aún más silenciosos; y ella, que volvía a sentir calambres en la panza y unas ligeras náuseas, no se atrevía a preguntar. Hasta que, a los pocos días, la abuela empezó a toser y días después le siguió la mamá. A ella no la encerraron con la abuela, pero se puso una mascarilla para andar en la casa y ya no se mostraba cariñosa ni con el papá ni con ella. Entonces, la casa se puso todavía más silenciosa. Solo en las noches la máquina de coser sonaba como un extraño tren cuyo sonido la ayudaba a dormir.

V

Una noche, Camila se despertó y no oyó el sonido de la máquina de coser. Se acercó silenciosamente a la sala y vio a su papá llorando. Ella se quedó de una pieza, paralizada, sin saber qué hacer. Nunca había visto llorar a su papá. Por primera vez, conoció el miedo.

—Hija, ¿qué haces despierta? —le preguntó y trató de ocultar sus lágrimas secándoselas con una de las telas que tenía cerca.

Camila lo abrazó y él la sentó en su regazo. Ella se apoyó en el pecho de papá y sintió los fuertes latidos de su corazón. Se sintió protegida.

—Tati, me duele la barriga y mi corazón late tan fuerte como el tuyo.

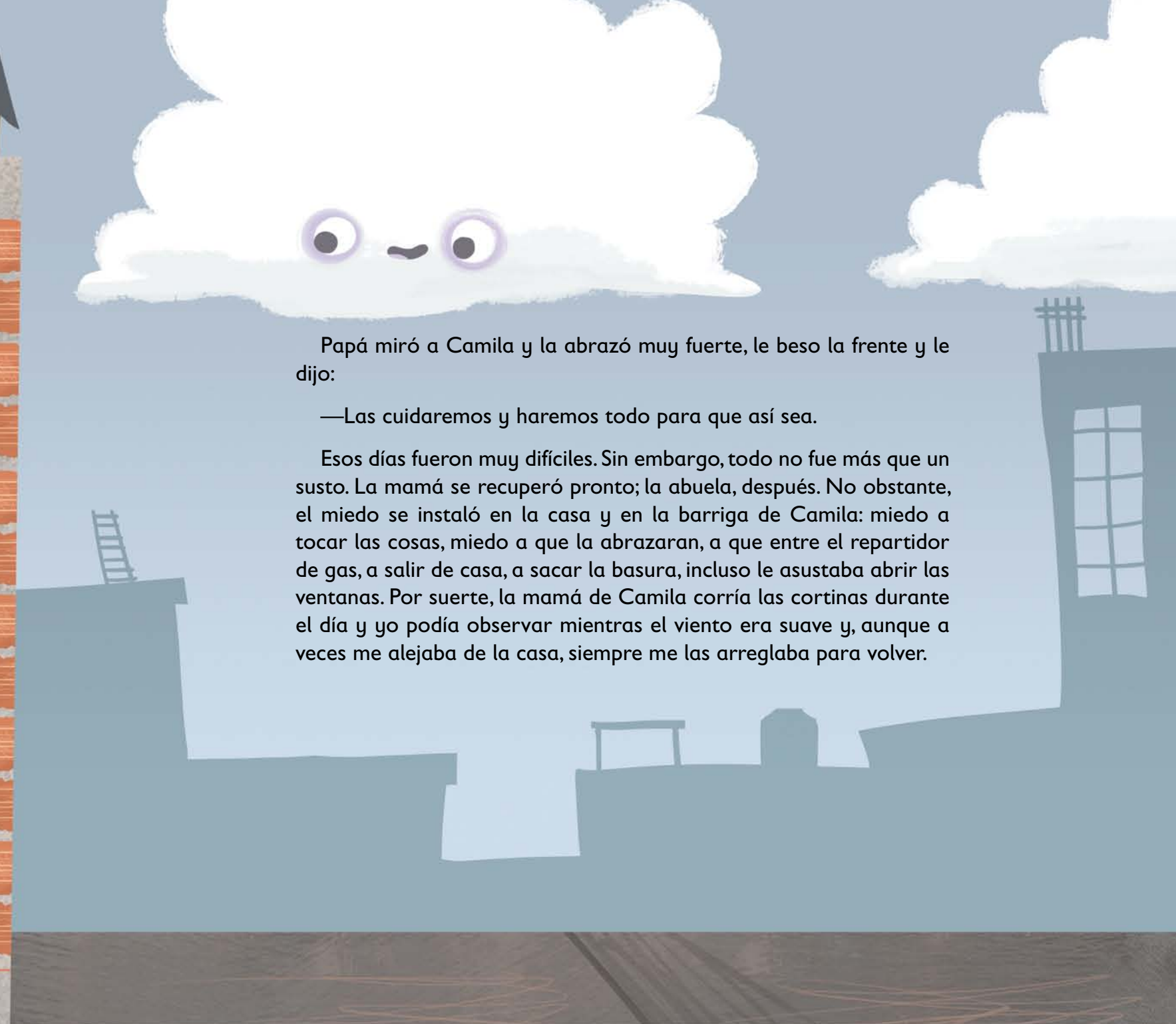
—Estás asustada, hija, todos lo estamos. El miedo de que algo malo les pase a las personas que quieres es el miedo más miedo de todos.

—¿Como cuando ustedes tenían miedo de que me cayera de los juegos?

—Así es, mi niña. Aunque si te resbalabas, podíamos evitar que te golpearas, si estábamos atentos; ahora, siento que no podemos hacer nada —dijo mientras suspiraba tratando de contener las lágrimas. Lo desconocido siempre nos provoca miedo, ¡ay, si solo supiéramos bien cómo se transmite el virus y qué debemos hacer para evitar contagiarnos!

—¿La abuela y mamá estarán bien, Tati?





Papá miró a Camila y la abrazó muy fuerte, le besó la frente y le dijo:

—Las cuidaremos y haremos todo para que así sea.

Esos días fueron muy difíciles. Sin embargo, todo no fue más que un susto. La mamá se recuperó pronto; la abuela, después. No obstante, el miedo se instaló en la casa y en la barriga de Camila: miedo a tocar las cosas, miedo a que la abrazaran, a que entre el repartidor de gas, a salir de casa, a sacar la basura, incluso le asustaba abrir las ventanas. Por suerte, la mamá de Camila corría las cortinas durante el día y yo podía observar mientras el viento era suave y, aunque a veces me alejaba de la casa, siempre me las arreglaba para volver.

VI

Aquellas dos semanas de encierro se extendieron tanto que Camila ya no me recordaba, tampoco recordaba cuándo había empezado el encierro ni cuándo había empezado a sentir miedo. Pero el verdadero miedo llegó cuando escuchó que mamá debía volver a trabajar en pocos días.

—Mamá, me duele la panza.

—A ver, ven; estás temblando, hijita. Tus manos están mojadas, pero no tienes fiebre —dijo tocando a Camila y al ver que era lo mismo de siempre añadió—: Dile a la abuela que te prepare una manzanilla que estoy ocupada —y dirigiéndose a su esposo le dijo—: Rafi, por favor ayúdame, necesito preparar las cosas para el trabajo.

—¡No, no puedes salir de casa! —gritó Camila, mientras corría y se ponía delante de la puerta con los brazos abiertos obstaculizando el paso, y siguió—: Por favor, mamá, no puedes salir. Afuera está el virus y no quiero que te pase nada malo. Tengo mucho miedo, ahora sé lo que significa tener miedo.

Ella continuó parada en la puerta con los brazos extendidos para que mamá no saliera. Unas lágrimas corrieron por sus mejillas.





Entonces, papá, mamá y la abuela se miraron, miraron a Camila y recordaron el miedo que ellos habían sentido cuando su pequeña jugaba en el parque.

La abuela también se puso a llorar, entonces la mamá dijo que faltaban muchos días para volver al trabajo y abrazó a su pequeña, se unieron, la abuela, papá y Pancho.

Y así juntos se quedaron en silencio un buen rato, pero ese silencio ya no los asustaba. Respiraron ya más calmados, y Camila sintió el amor de su familia como siempre, protegiéndola, entonces como si ese sentimiento curara todo, el dolor de panza se fue. Pancho que estaba muy cerca, se juntó a Camila y empezó a ladrar dirigiéndose a la habitación de la niña.

—¡Ya lo tengo! —grito Camila emocionada.

—¿Tienes qué? —dijeron los tres muy sorprendidos e incluso Pancho ladró.

Camila miró a Pancho como entendiendo el mensaje de sus ladridos.

—¡Acompáñennos! —dijo, mientras caminaba muy rápido y todos los siguieron.

Ya en la habitación, ella le dijo a su papá:

—¡Papá, tú me dijiste que lo desconocido da miedo, ¿verdad?

—Así es, hija, pero no comprendo.

—En la televisión hablaron sobre el virus y lo que tenemos que hacer para evitar contagiarnos. Mencionaron varias telas para hacer mascarillas y mamelucos que son muy seguros, más que los que venden en las calles. Miren; anoté los nombres —dijo emocionada mientras mostraba su cuaderno.

—¡A ver! —trató de descifrar el papá.

—¡Dry Fit, poliéster! —gritó la abuela emocionada que conocía mejor la letra de Camila.

—Dijeron que había una página web donde había más información, busquémosla —añadió Camila.





Entonces, todos en la casa se dedicaron a convertir lo desconocido en conocido, se pusieron a la tarea de convertir aquello que daba miedo en algo que se podía manejar y controlar.

Camila y su mamá siguieron buscando en internet con su teléfono y encontraron instrucciones y moldes para la elaboración de mascarillas en la página del ministerio de Salud, la abuela se metió a la cocina para que todos pudieran trabajar con la barriga llena y hasta Pancho colaboró yéndose a rascar sus pulgas a otro lado.

Y así llegó la hora de comer, la abuela avisó que ya estaba listo y todos se sentaron a almorzar. Esta vez el almuerzo fue como los de antes, todos estaban contentos y conversaban sobre sus hallazgos.

—Podemos hacer mascarillas y mamelucos —dijo la mamá.

—O caperuzas —dijo la abuela.

—O gorras —añadió Camila poniéndose la servilleta en la cabeza.

Al terminar el almuerzo, todos estaban con ganas de empezar.

—Entonces, ¿¿comenzamos a trabajar?! —dijo la abuela.

Y toda la familia ayudó, incluso Pancho que trajo las tijeras. La mamá ponía los moldes en su celular para que la abuela los dibujara en papel, después Camila los recortaba, finalmente, el papá cosía.

Luego de algunos días de ensayos y pruebas, el mameluco y la mascarilla para mamá ya eran una realidad; y ella se los probó. El traje que parecía de astronauta, además de ser muy gracioso, estaba lleno de huellas invisibles: los brazos y las manos de todos protegiendo a mamá.

Camila descubrió así que hasta el miedo más miedo de todos se puede enfrentar si tenemos el amor y protección de la familia. Incluso pensaron que podían hacer esas mascarillas y trajes para los demás, así Camila, papá y la abuela también podían salir al parque algunas veces. Incluso a Camila se le ocurrió que papá podía hacer más trajes para vender, pues los pantalones y faldas ya no se vendían como antes.






¡Y así lo hicieron!

Pancho fue el más feliz de volver al parque y ladrado tras ladrado me contó todo lo que yo no pude ver y que te he contado con detalle.

Camila volvió a trepar, saltar y volar en el columpio con ganas de atraparme. Ella sabía que su familia estaría allí para protegerla; y mirándola tan segura de nuevo supe que yo no volvería a tener miedo a los aviones cuando volvieran a pasar.





FAVIOLA LAZO Y RUBÉN SILVA

El **miedo** más miedo de todos

Este cuento fue realizado como parte del proyecto «Prevención en nuestras manos: familias saludables y protegidas», implementado por Save the Children, con el apoyo de la Oficina de Asistencia Humanitaria de USAID. Este proyecto busca proteger a las familias y comunidades vulnerables de Lima y Piura a través de insumos e información que les permitan adoptar prácticas preventivas frente a la COVID-19, así como rechazar y denunciar todo tipo de violencia en el hogar.



USAID
FROM THE AMERICAN PEOPLE



Save the Children



sm